

risa en los labios, un aire incipiente que Guadalupe veía reaparecer ahora junto a la boca de Ostieles, que había tocado alguna vez el costado de su madre, la del pelo clarísimo, y sería en poco tiempo más herencia para su hija Mariana.

Cuando la tarde se volvió roja, Ignacio pudo convencer a Ostieles de que descansara; Guadalupe la acompañó hasta su cama y cerró la puerta de la habitación. Al buscarla para la cena, horas más tarde, encontraron la puerta atrancada desde adentro. Ignacio la forzó de un empujón; Ostieles estaba sobre la cama, otra vez, envuelta en esa corteza de quietud que la separaba de todo.

Ostieles empezó a bajar muertes con sólo cerrar los ojos. Cuando abrieron de un golpe la puerta de la habitación, le pareció oír la voz de Ignacio en las alturas, dando gritos. Los ecos se prolongaban en un temblor único cada vez más rígido y opaco, más ciego, hasta estancarse sin remedio en una de las paredes de la muerte y quedar cautivo, inmaculado, desprendido para siempre de la cadena negra, de las pudriciones que acarrecaba el haber vivido. Entre los rumores del temblor le pareció notar otra vez, casi olvidada. Ostieles levantó los ojos; vio la embocadura carcomida por la que se había deslizado; la cara inferior de las sábanas revueltas, y su camisón celeste sacudiéndose delante de la luz como un azote cristalino y húmedo. Cuando descubrió que aquella voz era la de su hija Mariana, tuvo ganas de reír y de saludarla con la mano. La veía allá arriba, tan seria, veía a Ignacio sosteniendo el cuerpo inerte de una mujer rubia, sentándolo y acostándolo para hacerlo respirar, sin cuidado de que los mechones amarillos cayeran agitándose hasta tocar las napas de la muerte, golpeándose contra ellas una y otra vez, mientras Ostieles ríe. Ríe dentro de un coágulo de agua. Ríe y se aleja.

Pasaron tres meses y Ostieles no volvió. Las telarañas que formaban arcos de las paredes violáceas al techo de la habitación, parecían arrecifes de espuma endurecida, porosidades de hueso. Ya no se alcanzaban a ver los ángulos. Era como si el techo hubiera crecido tomando atajos hacia las paredes, dándole a la habitación ese aspecto de cueva.

Las manos de Ostieles cruzadas debajo del pecho simulaban hundirse en el estómago. El primer tiempo le quedaban flotando a la deriva en el aire, y hasta que no lograron asentarse solas hubo que ponerle una azucarera pesada entre los dedos.

Ignacio ya no sabía cómo hacerla volver. La había besado hasta el agotamiento, hasta sentir asco de esos hermosos labios roídos por la muerte. Le habían echado encima ollas de agua helada, y llegaron a volcar vela derretida sobre sus ojos. A medida que caían, las gotas iban sellándole los párpados con un encaje traslúcido y caliente, fosilizando las pestañas,

bajando por la cara como lágrimas de vidrio hasta quedar resacas, prendidas de la carne. Luego Mariana las despegaba despacito igual que si fueran cáscaras.

Con el tiempo, Ostieles empezó a tomar el color y la textura de una estatua de piedra acostada en la cama.

— Está muerta —decía Ignacio.

— Que te digo que no está muerta —gritaba Guadalupe alejándolo de la cama—. Tenemos que ayudarla a volver —decía luego dulcemente—, atenderla como se atiende a las mujeres vivas.

Todas las mañanas, entonces, Ignacio le servía el desayuno. Apoyaba la bandeja sobre la mesa de noche, cerraba los ojos para mojar un pedazo de pan en el té y ponérselo a Ostieles junto a la boca. Así se quedaba casi un cuarto de hora. Luego le acariciaba la cabellera petrificada, le contaba cosas. Guadalupe, sentada en una silla, no dejaba sin vigilar ninguno de sus movimientos. Pobre de él que llegara a soltar un lamento, o a perder el hilo de la espera por encontrarse besando aquellos labios. Más tarde hacían como que le daban de almorzar, mientras Mariana acercaba breves ráfagas de aire con un abanico de láminas de madera. De día, Guadalupe traía gladiolos rojos y los ponía en un florero, hablaba hasta por los codos de la abuela María Teresa y de cuando Ostieles aprendió a caminar; de noche, la dejaban sola para que Ignacio durmiera desnudo junto a ella.

Una mañana Ignacio entró en la habitación y vio a Ostieles parada en una de las esquinas igual que una cariátide arrumbada; Guadalupe la había apoyado contra la pared para ventilar la cama. Ignacio se arrodilló a los pies de Ostieles; ahora podía verla mejor. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante por la posición que le había hecho hábito la almohada. La cara blanquísima y verde de musgo, mantenía el semblante de estar orientada al techo, como si ahora se equivocara en dejar la sombra en el suelo, en creer que continuaba boca arriba sobre su sábana y encontrarse atravesada, de pronto, por esta actividad de desmantelamiento.

Arrodillado a los pies de ese paraíso fósil, de esa piedra sobrenatural, Ignacio estaba seguro de no volver a ver algo tan bello, tan dulce y tan inútil como esposa y como objeto. Lo único que Ostieles había sabido cocinar era empanaditas de membrillo. Recordó que a los pocos días de matrimonio él hizo una ligera observación aludiendo al invariable menú, y ella, como un rayo, le arrebató el plato de las manos. «No te gustaron», había dicho desesperada.

Guadalupe acosó el cuerpo de Ostieles sobre la cama; Ignacio se puso de pie. La habitación volvió a aparecerse con sus aires de tapa de sepulcro, de gladiolos pestíferos.

En el primer mes de primavera, el pelo de Ostieles empezó a descortezarse de callosidades. Después de invernar meses enteros dentro del camión celeste, su cuerpo había cambiado de posición. Un jueves de lluvia abrió los ojos. Subió muertas sin demorarse. Revolvió las sábanas, furiosa, con los brazos adormecidos. Murmuraba maldiciones, palabras sueltas. Decía que había vuelto de tanto que la ataron a recibir la comida del día, a escuchar las conversaciones de los vivos, pero no era cierto. Allí estaba otra vez, venida del otro lado de las tumbas, desencantada de la misma muerte. Debajo de esa cama había cavado cielos y tierras y no había encontrado más que vestigios de la supervivencia. Tirada de nuevo en sus propias sábanas, tragando cucharadas de agua que alguien le ponía en la boca, sólo traía vagamente en la memoria haberse enredado como un alga en una piedra hundida, o el permanecer quieta en una silla, quieta hasta moldear el aire con la forma de su cuerpo; estar un siglo entero a la orilla de un río nada extraordinario, un siglo entero a pescar mojarritas con un primo adolescente del que había estado enamorada alguna vez. Quién podía asegurarle que eso era la muerte. Siempre había otra costra, otra superficie, otra de primos adolescentes y de pescar mojarritas.

Una vez en su coágulo de agua, vio entrar la mano de Ignacio, y ella no hizo más que esquivarla y refugiarse bajo piedras hundidas, bajo desiertos de pasto.

— Si hubiera seguido... —decía, condenando a todos. Pero en el fondo sabía que ya no había nada más que buscar; ni de éste, ni del otro lado de las tumbas. Desiertos de pasto, eso era todo.

Esa misma tarde dejó de llover. Ignacio llevó a Ostieles en brazos hasta la puerta de la cocina y la depositó al sol, entre unos almohadones.

Ostieles miraba los árboles del patio. Debía de estar entrando octubre. Ese sol como una niebla, asentándose por todos lados. Vio a Ignacio recostado junto a ella; parecía dormido. Ostieles pensó en ponerse de pie, hizo ademán de levantarse pero se quedó sentada. Para qué ponerse de pie. Ya no hay más lugares a dónde ir.

Las partículas de polvo suspendidas en el aire se hacen visibles dentro de la luz del sol. De pronto, Ignacio extiende una mano y envuelve la mano de ella abandonada sobre el vestido. Aquel movimiento basta para que las partículas de polvo se arremolinen deshaciendo la pequeña constelación.

— ¿Pasa algo? —pregunta él. Todavía tiene los ojos cerrados.

Ostieles sintió que aquello que esperaba pudo haber estado ahí, hace un instante, entre el espacio abismal que separaba a una partícula de polvo de la otra. Se levantó.

— Nada —dijo.

Tendría que volver a acomodar su cuerpo a la escala de la casa, a la distancia que debía mantener para no estar demasiado cerca ni demasiado lejos de las cosas, cuidar la velocidad de su brazo cada vez que fuera a agarrar una taza de té, vencer a su pelo indomable hasta que hubiera tomado la forma de una trenza.

María Fernanda García Curten

